

BERTOLT BRECHT, POETA LIRICO

(COMENTARIO A ALGUNOS POEMAS)

P O R

JOSE DE LA CALLE M.

El 28 de febrero de 1933, Brecht, junto con su familia, se ve obligado a dejar Alemania, dando comienzo así a la larga y desabrida etapa del destierro —«öfter als die Schuhe die Länder wechselnd»—: Praga, Viena, Zurich, París, Copenhague...

En 1940, poco antes de la llegada de las tropas de Hitler a Dinamarca, suena de nuevo la hora de escapar: Suecia, Finlandia. Las divisiones nazis invaden el país el año 1941: mayo. Y Brecht, ligero de equipaje (como el gran don Antonio), toma el expreso de Siberia, vía Moscú, hasta Vladivostok. Junio: de Vladivostok a San Pedro—California—. En Santa Mónica—Hollywood— va a encontrar a L. Feuchtwanger, Peter Lorre, Aldous Huxley, Hans Eisler, Paul Dessau, Heinrich Mann, Thomas Mann, Charlie Chaplin, Charles Laughton y a algunos más. Con Chaplin va a nacer la amistad. Después con el otro gran actor, Ch. Laughton, lo mismo. Para éste, para su arte dramático, crea Brecht la figura de Galileo.

En noviembre de 1947, «wegen unamerikanischen Verhaltens», es llamado Brecht a los tribunales de Washington. El 7 de diciembre, es decir, pocos días más tarde, tiene que tomar, sin perder ni un minuto, el avión. Destino: el viejo continente. De nuevo, Zurich. A su llegada, el escritor Max Frisch tuvo la suerte de verle, de poder estar a su lado muchos ratos. Es Max Frisch quien nos cuenta en sus «Tagebücher» diversas impresiones:

«Su aspecto austero, rústicamente silencioso, con frecuencia algo encubierto y desfigurado por la astucia...»

Luego comenta Frisch cosas espléndidas, algo que sólo puede decir uno que sincera y realmente haya querido a Brecht:

«Su paciencia casi de campesino, su valentía para resistir, manteniéndose a pie firme y desnudo, en pleno desamparo sobre una tierra yerma, dando la espalda a préstamos; la fuerza para ser enteramente humilde—siembra que acaso no dé nunca frutos—, y luego la inteligencia para asegurar en plena conservación las piezas de un conocimiento apto, y, a través del conflicto, evolucionar; y por último esa

virilidad para aceptar en serio los resultados y proceder conforme a ello, despreocupado de pareceres... Esto equivale a lecciones maravillosas, ejercicios que, en una sola hora, compensan fácilmente todo un curso. Los frutos, naturalmente, le pertenecen a él. Pero en el mero hecho de presenciar cómo él gana y merece, consiste nuestro logro y nuestro mérito».

La vida y producción de Bertolt Brecht son trágicas. Trágicas en sí mismas. Y al decir trágicas, se sobrentiende grandes, aunque en cierta manera truncadas.

El acento de sus últimos poemas está impregnado de desesperada visión: «Wirklich, ich lebe in finsternen Zeiten». En Alemania, Hitler. Tras él, la sombra amenazadora del hacha de la destrucción: la guerra.

Von diesen Städten wird bleiben: der durch sie hindurchging, der Wind!
Fröhlich machet das Haus den Esser: er leert es.
Wir wissen, dass wir Vorläufige sind
Und nach uns wird kommen: nichts Nennenswertes (1).

Los versos precedentes no son de la época que hemos empezado a comentar. Proceden nada menos que de la «Hauspostille», su primer libro de poemas, es decir, de 1926. Hoy podemos llamarlos proféticos. El apocalíptico paisaje de los años de la postguerra dio la razón a Brecht.

El título «Svendborger Gedichte» se lo dió Brecht refiriéndolo al nombre de Svendborg, pequeño puerto de mar en cuyas cercanías pasó los primeros años del exilio, desde 1933 hasta 1939. Muchos de estos poemas fueron apareciendo en periódicos alemanes que se editaban por entonces en diversas ciudades europeas: París, Praga y Moscú. Sobre todo en «Das Wort» y en «Internationale Literatur» de la capital rusa.

Brecht se pregunta: «En los tiempos oscuros / ¿se cantará también entonces? / —También entonces se ha de cantar. / Sobre los tiempos oscuros».

Va a nacer un nuevo tipo de poema corto con carácter de panfleto:

(1) «De estas ciudades quedará: el que por ellas serpeaba, el viento! / De buen talante pone la casa al que come: él la vacía. / Sabemos que somos provisionales / y detrás de nosotros vendrá: nada digno de mención.»

(Se trata de la estrofa 8 del poema autorretrato, «Vom armen B. B.», del libro «Hauspostille»).

DIE OBEREN

Haben sich in einem Zimmer versammelt.
Mann auf der Strasse
Lass alle Hoffnung fahren.
... ..

Es ist Nacht. Die Ehepaare
Legen sich in die Betten. Die jungen Frauen
werden Waisen gebären.

Auf der Mauer stand mit Kreide:
Sie wollen den Krieg.
Der es geschrieben hat
Ist schon gefallen (2).

Dos situaciones diferentes se yuxtaponen para provocar un choque, el estupor que debe conducir a la «Verfremdung». En la segunda parte, entre la oración 2 y 3 hay un vacío. La relación entre ambas tiene que elaborársela el lector mismo: «Una noche cualquiera en la guerra». El padre—que ha engendrado al hijo—no presenciá su nacimiento. Caerá en la guerra.

En los «Svendborger Gedichte» intensifica el autor la técnica del vacío en la argumentación, esto es, a simple vista se ausenta la metódica consecuente. En este sentido se dan todas las variaciones posibles. Por ejemplo, en la balada del sastre de Ulm se omite intencionadamente toda una estrofa:

ULM 1592

«Bischof, ich kann fliegen»,
Sagte der Schneider zum Bischof.
«Pass auf, wie ich's mach!»
Und er stieg mit so'nen Dingen,
Die aussahn wie Schwingen,
Auf das grosse, grosse Kirchendach.
Der Bischof ging weiter.
«Das sind lauter so Lügen,
Der Mensch ist kein Vogel,
Es wird nie ein Mensch fliegen»,
Sagte der Bischof vom Schneider.
«Der Schneider ist verschieden»,

(2) «LOS DE ARRIBA / se han reunido en una sala. / Hombre de la calle / deja toda esperanza. // // Es de noche. Los esposos / se tienden en las camas. Las jóvenes mujeres / parirán huérfanos. // En el muro estaba escrito con tiza: / Ellos quieren la guerra. / Quien lo escribió / ya ha caído.»

Sagten die Leute dem Bischof.
 «Es war eine Hatz.
 Seine Flügel sind zerspellet,
 Und er liegt zerschellet
 Auf dem harten, harten Kirchenplatz.
 «Die Glocken sollen läuten,
 Es waren nichts als Lügen,
 Der Mensch ist kein Vogel,
 Es wird nie ein Mensch fliegen»,
 Sagte der Bischof den Leuten (3).

De momento parece así como si el obispo tuviera la última palabra, la razón. El pobre sastre ha fracasado lastimosamente. Y con ello —con el fracaso— termina el poema.

De tal forma ha expuesto Brecht el hecho, que la Historia, en respuesta irónica, viene a dar al sastre la razón. Dialécticamente la verdad verde de 1592 cae boca arriba —madura— sobre la realidad de hoy: hoy vuelan los hombres.

Semejantes poesías, partiendo de un abismático arte de lo fácil, de lo más simple, no se entregan de buenas a primeras al comentarista, que choca continuamente con la ardua tarea de ir desmenuzando el derroche de sugerencias, oculto tras las fáciles formulaciones. El poeta utiliza el tono sencillo del «Volkslied» y de la balada para escribir incluso «Kinderlieder». La interpretación de estas canciones merece una labor sutil y cuidadosa, con frecuencia, de precisión difícil. Bajo el concepto general de «Kinderlieder» se encuentran reunidos, dentro de la segunda parte de los «Svendborger G.», seis poemas, de los cuales es uno el del sastre de Ulm, y otro el que sigue:

VOM KIND, DAS SICH NICHT WASCHEN WOLLTE

Es war einmal ein Kind
 Das wollte sich nicht waschen.
 Und wenn er gewaschen wurde, geschwind
 Beschmierte es sich mit Aschen.

Der Kaiser kam zu Besuch
 Hinauf die sieben Stiegen
 Die Mutter suchte nach einem Tuch
 Das Schmutzkind sauber zu kriegen.

(3) «"Obispo, yo sé volar", / le dijo el sastre al obispo. / "Fíjate cómo lo hago". / Y subió... Subió con unos chismes / que parecían alas / al alto, alto tejado de la iglesia. / El obispo continuó su camino. / "No son más que mentiras, / el hombre no es ningún ave, / jamás volará nadie" / decía del sastre el obispo. // "El sastre ha fallecido", / dijo la gente al obispo. / "Fue un alboroto. / Sus alas se han hecho migas / y él está deshechito / en la dura, dura plaza de la iglesia". / "Las campanas deben repicar, / no eran más que mentiras, / el hombre no es un ave, / nunca volará un hombre", / decía el obispo a la gente.»

Ein Tuch war grad nicht da
Der Kaiser ist gegangen
Bevor das Kind ihn sah
Das Kind konnt's nicht verlangen (4).

El niño, que no está lavado, incluso cuando el emperador llega allí de visita; se nos ofrece con inquietante testadurez, protestando contra el orden reinante y usual. En confrontación con esta ahincada resistencia, el emperador se torna gris, figura lisa y descolorida. La imagen del niño, con su cara y sus manos tiznadas de ceniza, se nos graba en la mente mientras la del emperador desaparece. Llega y se va. Sobre todo, se va.

W. Benjamin ha comparado al niño con el hombrecillo jorobado de un conocido «Volkslied», que continuamente se presenta en las encrucijadas de todos los quehaceres idílicos.

En este niño, se diría que se repiten con reiteración ciertas figuras de la «Hauspostille», como la de Jakob Apfelböck, la de Marie Ferrar, la de Zeck, —«der Mann («Kerl», en el último verso) in Violettt»—, que trasgueda pálido por los sueños de los aldeanos. En semejante sencillez de presentación reside una perfección elavadísimas.

Por los mismos años en los que aparecieron los «Svendborger G.», compuso Brecht un «Kinderalphabet 1934» y algunas fábulas de animales, probablemente para sus propios hijos. Al lado de ello fueron surgiendo otros versos o «versitos» —por su brevedad— de carácter político muy cortante, y que, dado su humorismo un tanto cándido, no se incluyeron entre los publicados en la colección de Svendborg. El carácter general de este libro, con su agresividad, desdecía abiertamente de ellos.

Brecht ha descrito lo humano universal. Esto sucede con frecuencia en todo tipo de crítica. El poeta era hipersensible frente a la situación de lucha en que vivió. Son pocos los versos en los que lo político no haya tenido que colorear o matizar las tintas. La forma de la parábola no significó otra cosa que su ardid para decir la verdad... «die Wahrheit zu sagen». En «Galileo» dice el pequeño Andrea: «Mit Beispielen kann man es immer schaffen, wenn man schlau ist».

En otras ocasiones el lenguaje es directo. No por eso va a enredarse en complicaciones rebuscadas. Aun cuando se trata de dar una visión histórica desde la perspectiva del obrero, una visión de hazañas, de

(4) «DEL NIÑO QUE NO QUERÍA LAVARSE».

«Había una vez un niño, / él no quería lavarse. / Y cuando se le lavaba, rápidamente / se embardunaba de ceniza. // El emperador vino de visita / subió las siete escaleras / la madre fue a por un paño / para lograr / limpiar al niño sucio. // Un paño no había precisamente a mano / el emperador se marchó / antes de que el niño le viera / el niño no podía pretenderlo»,

los hechos famosos que todo niño tiene que aprender en la escuela, como la del poema «Fragen eines lesenden Arbeiters». Tebas, Babilonia, la muralla china, la poderosa Roma con sus arcos y sus emperadores, los palacios de Bizancio, Alejandro Magno, Felipe II..., se ven a otra luz y desde otro costado, a través del dolor o de la lágrima del pequeño ciudadano, del pequeño soldado, de la madre concreta y diminuta, del sujeto anónimo de la Historia, es decir, del verdadero héroe.

Hay poemas del campo y de la naturaleza en los que se trasluce un corazón y una mirada, si no nueva, recuperada. Pero el paisaje sufre estremecimientos de luces enfermas y de sonidos fríos; hasta las costas danesas llegan los resplandores y el eco de los ensayos bélicos con los que Hitler prepara la catástrofe, el suicidio. El ciruelo pequeño, aunque gustosamente crecería, no puede respirar, la cerca no se lo permite: «Er hat zu wenig Sonn».

La consciencia permanente de «Durchreise», siempre listo para escapar,

Nach dem Nördlichen Eismeer zu
Sehe ich noch eine kleine Tür... (5).

afianza en el ritmo de la vida y en el pensamiento del emigrante Brecht su vieja convicción de lo pasajero:

Schlage keinen Nagel in die Wand,
Wirf den Rock auf den Stuhl.
Warum vorsorgen für vier Tage?
Du kehrest morgen zurück.

Lass den kleinen Baum ohne Wasser.
Wozu noch einen Baum pflanzen?
Bevor er so hoch wie eine Stufe ist,
Gehst du froh weg von hier.

Zieh die Mütze ins Gesicht, wenn Leute vorbeigehn!
Wozu in einer fremden Grammatik blättern?
Die Nachricht, die dich heimruft,
Ist in bekannter Sprache geschrieben (6).

(5) «Hacia el Mar Artico / todavía veo una pequeña puerta»...

(6) «No pongas ningún clavo en la pared, / tira sobre una silla tu chaqueta. / ¿Por qué proveer para cuatro días? / Regresarás mañana. // Deja al pequeño árbol sin agua. / ¿Para qué plantar otro árbol todavía? / Antes de que levante lo que un palmo / alegre partirás de aquí. // Cálate bien la gorra si te cruzas con gente! / ¿Para qué hojear una gramática extranjera? / La noticia que te llame a tu casa / viene escrita en lengua conocida.»

Max Frisch llamaba a Brecht «Passanter unserer Zeit». Más tarde hablará Brecht de una serie de «Schrecken einer unaufhörlichen Verwandlung» que él mismo había experimentado en su propio pellejo.

Pero en la emigración—«cambiando de países con más frecuencia que de zapatos»—va a ir legando sentencias como el sabio Laotse, quien, al abandonar su territorio, entrega su obra «Tao Te King» al vigilante de la frontera. Esta «Legende von der Entstehung des Buches Taoteking» es, no sólo uno de los poemas más hermosos de toda la producción brechtiana, es la mejor interpretación—de nuevo un autorretrato, ahora el del viejo—de la vida de Brecht:

Als er Siebzig war und war gebrechlich
Drängte es den Lehrer doch nach Ruh
Denn die Güte war im Lande wieder einmal schwächlich
Und die Bosheit nahm an Kräften wieder einmal zu.
Und er gürtete den Schuh.

Und er packte ein, was er so brauchte:
Wenig. Doch es wurde dies und das.
So die Pfeife, die er immer abends rauchte
Und das Büchlein, das er immer las.
Weissbrot nach dem Augenmass.

Freute sich des Tals noch einmal und vergass es
Als er ins Gebirg den Weg einschlug.
Und sein Ochse freute sich des frischen Grases
Kauend, während er den Alten trug.
Denn dem ging es schnell genug.

Doch am vierten Tag im Felsgesteine
Hat ein Zöllner ihm den Weg verwehrt:
«Kostbarkeiten zu verzollen?» — «Keine.»
Und der Knabe, der den Ochsen führte sprach: «er
Und so war auch das erklärt. [hat gelehrt.»

Doch der Mann in einer heitren Regung
Fragte noch: «Hat er was rausgekriegt?»
Sprach der Knabe: «Dass das weiche Wasser in Bewegung
Mit der Zeit den mächtigen Stein besiegt.
Du verstehst, das Harte unterliegt.»

Dass er nicht das letzte Tageslicht verlöre
Trieb der Knabe nun den Ochsen an
Und die drei verschwanden schon um eine schwarze Föhre
Da kam plötzlich Fahrt in unseren Mann
Und er schrie: «He, du! Halt an!

Was ist das mit diesem Wasser, Alter?»
Hielt der Alte: «Interessiert es dich?»
Sprach der Mann: «Ich bin nur Zollverwalter
Doch wer wen besiegt, das interessiert auch mich.
Wenn du's weisst, dann sprich!

Schreib mir's auf! Diktier es diesem Kinde!
So was nimmt man doch nicht mit sich fort.
Da gibt's doch Papier bei uns und Tinte
Und ein Nachtmahl gibt es auch: ich wohne dort.
Nun, ist das ein Wort?»

Über seine Schulter sah der Alte
Auf den Mann: Flickjoppe. Keine Schuh.
Und die Stirne eine einzige Falte.
Ach, kein Sieger trat da auf ihn zu.
Und er murmelte: «Auch du?»

Eine höfliche Bitte abzuschlagen
War der Alte, wie es schien, zu alt.
Denn er sagte laut: «Die etwas fragen
Die verdienen Antwort.» Sprach der Knabe: «Es wird
«Gut, ein kleiner Aufenhalt.» [auch schon kalt.»

Und von seinem Ochsen stieg der Weise
Sieben Tage schrieben sie zu zweit
Und der Zöllner brachte Essen (und er fluchte nur noch
Mit den Schmugglern in der ganzen Zeit). [leise
Und dann war's soweit.

Und dem Zöllner händigte der Knabe
Eines Morgens einundachtzig Sprüche ein.
Und mit Dank für eine kleine Reisegabe
Bogen sie um jene Föhre ins Gestein.
Sagt jetzt: kann man höflicher sein?

Aber rühmen wir nicht nur den Weisen
Dessen Name auf dem Buche prangt!
Denn man muss dem Weisen seine Weisheit erst entreissen.
Darum sei der Zöllner auch bedankt:
Er hat sie ihm abverlangt (7).

(7) «A los setenta años, ya achacoso / sintió el maestro ansia de paz / pues la bondad flaqueaba nuevamente en el país / y la maldad iba ganando en fuerza. / Y se ató los zapatos. // Y empaquetó lo que necesitaba: / Pocas cosas. Sin embargo, se juntó esto y aquello. / Así, la pipa, que fumaba cada noche / y el librito que siempre leía. / De pan blanco, a ojo. // Gozó una vez más del valle y lo olvidó / al echar por el camino de la sierra. / Y su buey se alegró del pasto fresco / e iba rumiando mientras llevaba al viejo. / Pues a éste se le hacía lo bastante de prisa. // Al cuarto día entre las rocas / un aduanero le paró: / «¿Objetos de valor a declarar?»—«Ninguno». / Y el muchacho, que conducía al buey, habló: «Ha enseñado». / Y así esto también quedó explicado. // Con todo, el hombre, en un sereno arranque, / preguntó aún: «¿Ha sacado algo en lim-

¡Con qué sentida evocación apunta Brecht a la imagen de Laotse! También él afable, bueno, también él sabio, también él—en días más afortunados—portador de ayuda a la pequeña gente de la que siempre ha sido el defensor, «en buenos y en no tan buenos tiempos para la África», desde el día de su «conversión», allá por mil novecientos veintitantos.

El cansancio del sabio... ¿Indiferencia?, ¿Escepticismo?—. Algo ha sacado en limpio: que lo duro, lo fuerte, lo aparentemente invencible, con el tiempo—¡y la acción!—, sucumbe, no tiene otro remedio que doblarse. Y precisamente frente a lo blando, en lucha con lo débil (¡la paradoja siempre!). Esa es la fe de Brecht, y su esperanza...

Evocación de las cosas pequeñas, del ciruelo, la red, el remo, el jardín, el humo y el tejado de pajas de la casa de Svendborg,

«Das kleine Haus unter Bäumen am See...»

Pero en este poema no hay idilio bucólico, si bien se mira. En resumidas cuentas viene a decirnos Brecht: ¿Qué es la naturaleza sin el hombre? Es decir, viraje de los ojos—corazón y cerebro al mismo tiempo—, hacia las cosas pequeñas y sencillas, no es sino «humanización». Nada de bosques, sino jardines y parcelas. Precisamente la sustitución de cifras cósmicas como «Wind», «Himmel», «Wasser», por los vocablos «Weisheit» y «Freundlichkeit», marca el momento del cambio último de su poesía. Casi se tiene la impresión como si este Becht de los años avanzados—no sé por qué uno se queda con las

pío? Dijo el muchacho: «Que el agua blanda en movimiento / vence con el tiempo a la robusta piedra. / Comprendes, lo duro sucumbe». // Para que no perdiera la última luz del día / instigó, pues, el muchacho al buey / y los tres desaparecían ya tras un pino negro, / cuando de repente reaccionó nuestro hombre / y gritó: «Eh, tú, párate! // Dime otra vez esto del agua, anciano.» / Se detuvo el anciano: «¿Te interesa?» / El hombre dijo: «No soy más que un pobre aduanero, / pero quién vence a quién, eso también me interesa a mí. / Si tú lo sabes, habla pues! // Escribemelo! dictaselo a este chico! / Algo así no debes reservarlo sólo para ti. / Para eso en casa hay papel y tinta / y una cena hay también: yo vivo allí. / Así que, ¿vale?». // Por la espalda examinó el anciano / al hombre: Chaqueta remendada. Sin zapatos. / Y la frente toda una arruga. / Ah, no era lo que se dice un vencedor. / Y murmuró: «¿También tú?» // Para rehusar una súplica afable / era el anciano, como se veía, demasiado viejo. / «Los que preguntan algo / merecen la respuesta», dijo en voz alta. / «Además empieza ya a hacer frío», dijo el muchacho. / «Bueno, hagamos un altito». Y de su buey echó el sabio pie a tierra. / Siete días escribieron los dos / y el aduanero traía comida (quien, en todo el tiempo, no renegaba más que en voz baja / con los contrabandistas). / Y por fin quedó listo. // Y una mañana el muchacho entregó al aduanero / ochenta y una sentencias. / Y agradeciéndole un pequeño don / se perdieron detrás del pino aquél en dirección hacia las rocas. / Decid ahora: ¿Se puede ser más complaciente? // No celebramos pues tan sólo al sabio, cuyo nombre en el libro resplandece! / Al sabio hay que arrancarle primero su saber. / Por eso demos gracias también al aduanero: / El se lo reclamó.»

ganas de llamarle ya «viejo»—mírase con un poco de ironía aquella época pasada. Y, sin embargo, el poeta no ha llegado todavía a los cincuenta.

Cada verso de este tiempo fecundo apunta en dirección a un «tú»; imperativos y preguntas equivalen a los más poderosos mandatos, suscitan conmociones tormentosas de adentro.

Quizá el vocablo central de toda la obra de la época de la emigración sea «Zweifel».

Hálito de resignación al que se ha añadido—para que así deleite más nuestro paladar—unas dosis de cansancio delicado:

Ich sitze am Strassengang.
Der Fahrer wechselt das Rad.
Ich bin nicht gern, wo ich herkomme.
Ich bin nicht gern, wo ich hinfahre.
Warum sehe ich den Radwechsel
Mit Ungeduld? (8).

¡Qué hermoso cuadro! ¿Cabe más sobriedad, más autenticidad de gesto? Desilusión del punto de partida: «No vengo a gusto de donde vengo», no estuve a gusto allí. Fatiga. Ausencia de ilusión en el regreso, con respecto al punto de llegada: «Tampoco voy a gusto a donde voy». Pero la virtud de la resignación no ha madurado aún. A pesar del cansancio y de la duda y del presentimiento de lo vano—la sospecha—, pervive aún una impaciencia (¿es esto la esperanza?) que le impide renunciar al viaje. La distancia que le separa a Brecht de la meta es ya bien corta. En seguida veremos el final.

Abriendo un paréntesis—y al margen de la consideración de influencias efectivas del moralista español Gracián en Brecht—, podría establecerse un largo parangón entre ambos:

Los dos son *inteligentes* de verdad, críticos sagaces.

Los dos, extremistas; y a la hora de fijarse, lo hacen siempre en el lado reprochable de la realidad. De ahí su visión fea de la existencia, su concepto negativo del hombre y de la sociedad.

Ambos han visto con aguda conciencia la verdad escueta, las cosas—esto es, la «realidad»—de sus épocas respectivas.

Ninguno de los dos es resignado. Por esto nadie puede llamarles con razón «pesimistas».

Su ética, es decir, el concepto de moral, en su derivación del concepto de la vida como lucha, es de «combate». El recelo no les permite cerrar el ojo.

(8) «Estoy sentado en la cuneta de la carretera. / El conductor cambia la rueda. / No me gusta el lugar de donde vengo. / No me gusta el lugar a donde voy. / ¿Por qué estoy viendo el cambio de la rueda / con impaciencia?».

Se da en los dos la identificación de la virtud con la sabiduría. Esto se llama «Estoicismo». Pero la tranquilidad de conciencia, pretendida por los estoicos, no les interesa (ni al uno ni al otro) como fin, sino como medio a la hora de la lucha y, consiguientemente, a la del triunfo. Claro, mucho más aún a la hora del fracaso. (¿Quién encontrará fallos verdaderos con los que tachar la conducta consecuenta del revolucionario convertido—del convertido en revolucionario?—. En la vida de Brecht se unificaron los dos actos del refrán español: predicar y dar trigo.)

En la obra de los dos hay un contenido docente, moralizante.

Ambos rechazaron la emoción sentimental.

La brevedad es adorno y virtud común. De Gracián es la frase: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno». La concisión ha sido siempre distintivo de madurez viril. Verbo en sazón, luz fría y transparente. No otra cosa es la prosa de Freud, la lírica de Goethe, los versos de Garcilaso, Jorge Manrique, Fray Luis, Machado...

Pero el que conozca al jesuíta aragonés, dirá: no, algo esencial separa a estos dos hombres: el Brecht hasta ahora presentado es crudo, cínico, agrio, pero jamás se desengaña. Jamás se apea del rucio de su *rara* ilusión. Sí, en Baltasar Gracián habita el desengaño—un desengaño lento, pues va a pie, como escudero que tira del ramal, pero que nunca monta sobre el rocín Humor—, pero al fin, desengaño. Y además de un modo apriorístico. Pronto vamos a ver el desengaño brechtiano, fruto tardío, sazonado, en cambio, y—¿habrá quien se escandalice?—, muy natural.

Parábolas, baladas, canciones o panfletos, parodias o sentencias: continuamente la pregunta y el imperativo, de los que el autor se sirve para aleccionar. El que escucha o lee a Brecht, tiene también su tarea: completar una estrofa («Der Schneider von Ulm»), decidirse entre dos posibilidades («Die Nachtlage»), despertar del letargo o del engaño. El autor cuenta siempre con la cabeza clara del lector, del destinatario conocido o anónimo. Quizá por ello use con tanta insistencia el participio de presente («el *Partizipium praesentis* debía utilizarlo sólo aquel que, como yo, haya tenido un 1 en latín» (9)). Constantemente se ve uno obligado a analizar la relación lógica entre la oración principal y la subordinada: ¿Causal, adversativa, temporal, condicional?

Los efectos de la «*Verfremdung*» irán en beneficio del que tiene oídos críticos y ojos aptos—abiertos—para la duda; no de los obedientes serviles. A la lógica verdadera no llegan nunca los que han dado

(9) En Alemania un 1 es la nota máxima en la tabla de calificaciones de exámenes estudiantiles.

a sus manos la misión y el deber únicos del aplauso. La sencillez o simplicidad aparente de los versos brechtianos ha sido escandalosa decepción para muchos miopes. Versos sin conjunciones, sin comas ni puntos, unos debajo de otros, con la sola riqueza de la musicalidad cándida del «hat», «ist», «wird», «und». No necesita formas ampulosas; no le hizo falta rima, ni siquiera «versos». El gesto, exacto y fidedigno, le bastó.

Tal vez a sus poesías habría que llamarlas con aquel término inventado por Lorca para las de Salinas: *Prosías*, lo cual no alude a prosaísmo, sino a la constitución meramente formal del poema en sí mismo. El universo de Bert Brecht está cargado de vista, y no de 'visiones': Jamás ha pretendido inventarse la realidad. Su imaginación de lo real consiste o consistió para él en la ingrata labor de ir descubriéndola y a la par explicarla, diciendo cómo es a los que no la ven—así—, y a los que quieren verla de otro modo.

Con lo menos posible, decir lo más, como en aquellas frases contra el rearme de Alemania, dirigidas a 'todos' los escritores y artistas alemanes en 1951:

«Das grosse Karthago führte drei Kriege. Es war noch mächtig nach dem ersten, noch bewohnbar nach dem zweiten. Es war nicht mehr auffindbar nach dem dritten» (10).

Ya no hay más abstracción; en su lugar, retratos. Y en éstos, un nuevo tipo de belleza. Los dos extremos se unen: «Gedanke» y «Sinnlichkeit» pasan por la difícil amalgama. La hermosura de los poemas cortos de esta época estriba en el contraste antagónico entre la brevedad formal y la riqueza de la comunicación. Lo humano se coloca en su sitio de derecho. La frialdad de muchas de sus máximas, nacidas durante el exilio, retrocede a un calor reprimido y muy disimulado. Baal ha ido haciéndose sabio y bueno, descifrando el secreto de la paz. Continúa su amor hacia los árboles, pero también éstos han cambiado sus hojas, sus relaciones con el viento y su modo de ser—'estar'—debajo del cielo. El poeta de antaño, enamorado de la América de los negros (no sólo a causa de sus «songs» y de sus ritmos, también porque eran 'negros', es decir, pobres y oprimidos, necesitados de ayuda) y de la 'sabia' China (también por sus 'chinitos'), va a dejarnos su obra, como el viejo Laotse, antes de abandonar el reino: meditaciones líricas de la naturaleza, polémica sonriente con tenue acompañamiento de desilusión. También de sí mismo nos va a hablar

(10) «La gran Cartago llevó a cabo tres guerras. Aún era poderosa después de la primera; todavía habitable tras la segunda. Después de la tercera, no se la pudo encontrar más».

el desilusionado, confidencialmente, en voz baja. Des-ilusionado, des-
engañado: quizá habría que distinguir aquí entre el primer «des-» de
carácter subjetivo, y el segundo prefijo (el de «des-engañado») con ma-
tiz de objetividad. Lo cierto es que el Brecht de los últimos años sufre
impactos que convierten en ruinas a grandes extensiones de su fe y
de su entusiasmo.

El autorretrato lírico ocupó al poeta hasta el final. Desde aquel «Vom
armen B. B.» de 1918 hasta este «An die Nachgeborenen» de veinti-
tantos años más tarde. El remordimiento, la audacia desgarrada para
reconocer errores propios, el reconcomio de estos versos no usa ya
máscara. En ellos habla uno que se siente pecador y se confiesa en un
gesto de vida resignada, puestos los ojos en lo que quedó atrás. Pero
el pecado de Brecht es el derroche de buena fe, el empleo en parte
baldío, de la entrega personal íntegra y desinteresada a una causa de
muchos que no ha dado los frutos calculados.

Pocas veces, en toda la historia de la sinceridad, ha hablado un
escritor tan escépticamente de sí mismo; he aquí el tríptico:

AN DIE NACHGEBORENEN

I.

Wirklich, ich lebe in finsternen Zeiten!
Das arglose Wort ist töricht. Eine glatte Stirn
Deutet auf Unempfindlichkeit hin. Der Lachende
Hat die furchtbare Nachricht
Nur noch nicht empfangen.

Was sind das für Zeiten, wo
Ein Gespräch über Bäume fast ein Verbrechen ist.
Weil es ein Schweigen über so viele Untaten einschliesst!
.....

Es ist wahr: ich verdiene noch meinen Unterhalt.
Aber glaubt mir: das ist nur ein Zufall. Nichts
Von dem, was ich tue, berechtigt mich dazu, mich sattzuessen.
Zufällig bin ich verschont. (Wenn mein Glück aussetzt
Bin ich verloren.)

Man sagt mir: Iss und trink du! Sei froh, dass du hast!
Aber wie kann ich essen und trinken, wenn
Ich es dem Hungernden entreisse, was ich esse, und
Mein Glas Wasser einem Verdurstenden fehlt?
Und doch esse und trinke ich.

Ich wäre gerne auch weise.
In den alten Büchern steht, was weise ist:
Sich aus dem Streit der Welt halten und die kurze Zeit
Ohne Furcht verbringen.

Auch ohne Gewalt auskommen
Böses mit Gutem vergelten
Seine Wünsche nicht erfüllen, sondern vergessest
Gilt für weise.
Alles das kann ich nicht:
Wirklich, ich lebe in finsternen Zeiten!

2.

In die Städte kam ich zu der Zeit der Unordnung
Als der Hunger herrschte.
Unter die Menschen kam ich zu der Zeit des Aufruhrs
Und ich empörte mich mit ihnen.
So verging meine Zeit
Die auf Erden mir gegeben war.
.....
Die Strassen führten in den Sumpf zu meiner Zeit.
Die Sprache verriet mich dem Schlächter.
Ich vermochte nur wenig. Aber die Herrschenden
Sassen ohne mich sicherer, das hoffte ich.
So verging meine Zeit
.....

3.

Ihr, die ihr auftauchen werdet aus der Flut
In der wir untergegangen sind
Gedenkt
Wenn ihr von unsern Schwächen sprecht
Auch der finsternen Zeit
Der ihr entronnen seid.

Gingen wir doch, öfter als die Schuhe die Länder wechselnd
Durch die Kriege der Klassen, verzweifelt
Wenn da nur Unrecht war und keine Empörung.
Dabei wissen wir doch:
Auch der Hass gegen die Niedrigkeit
Verzerrt die Züge.
Auch der Zorn über das Unrecht
Macht die Stimme heiser. Ach, wir
Die wir den Boden bereiten wollten für Freundlichkeit
Konnten selber nicht freundlich sein.
Ihr aber, wenn es so weit sein wird
Dass der Mensch dem Menschen ein Helfer ist
Gedenkt unser
Mit Nachsicht» (11).

(11) «Verdad es, vivo en tiempos sombríos! / Es insensata la palabra ingenua. Una frente tersa / revela insensibilidad. El que ríe / no es más que porque aún no ha recibido / la noticia terrible. // ¡Qué tiempos éstos, en

La ignominia del tiempo le tornó equívoca también a su persona. El renunciar a todo apasionamiento —«... al margen de la contienda del mundo, y pasar el corto tiempo sin temor, sin poderío...»— equivale a la quietud de aquel que ve las cosas reposar en sí mismo dichosamente, el sosiego eterno con el que antaño soñaba Baal cuando, «faul und zufrieden am End», miraba al cielo alto, intuyendo —sin necesidad de convencimiento— que «... es war sehr schön... alles».

Estos versos significan algo más que el mero legado de un poeta grande. Alguien ha pretendido ver en ellos la necrología de toda la generación de Brecht.

La fe del escritor, del hombre, en un mundo venidero menos turbio y mucho más dichoso, es el soporte en el que se levanta la última fórmula de su ciego esperar—desear—ese mundo mejor. Por ello y para ello combatió toda su vida.

Su lírica —que junto con el resto de la obra perdurará—, es el doliente aguijón clavado en la carne de nuestro tiempo. Radicalmente se diferencia de casi todas las esotéricas creaciones contemporáneas que se precian de ser la representación cabal del siglo: «sencilla y nítida como un cristal, pues su creador fue un hombre de este mundo y quería ser comprendido. Es un reflejo de nuestro cielo enllamarado, y, sólo colocándola al contraluz de semejante fondo, se vuelve trasparente».

Como expresión de los acontecimientos de fuera y a la par de un destino personal, refleja también su origen del expresionismo. Brecht

que / hablar sobre árboles es casi un crimen, / porque supone callar sobre tantísimos delitos... // Es verdad: todavía me gano mi sustento, / pero, creedme: es pura casualidad. Nada / de lo que hago, me da derecho a hartarme. / De milagro me he liberado. (En cuanto falle mi suerte, estoy perdido.) // Me dicen: Tú come y bebe. ¡Alégrate de que tú tienes! / Pero ¿cómo voy a comer y a beber, si le quito al hambriento lo que como, y / mi vaso de agua le hace falta al que muere de sed? / Y sin embargo, como y bebo. // Me gustaría ser sabio también. / En los libros antiguos está escrito lo que es sabiduría: / Quedarse al margen de la contienda del mundo, y pasar el corto tiempo / sin temor; / también prescindir de la violencia / dar bien por mal / no satisfacer los propios deseos, sino olvidarlos / pasa por sabio. / Todo esto no está a mi alcance: / En verdad, vivo en tiempos sombríos.

A las ciudades llegué a la hora del desorden / cuando reinaba el hambre. / Entre los hombres me hallaba en tiempos de rebeldía. / Y me sublevé con ellos. / Así pasó mi tiempo / que me fue concedido en la tierra. // ... En mi época los caminos conducían al lodazal. / La palabra me delataba al verdugo. / Yo podía bien poco. Pero los que mandaban / estaban más seguros sin mí, eso esperaba yo. / Así pasó mi tiempo / ... // Vosotros, los que vais a emerger de este marasmo / en que nosotros nos hemos hundido, / acordaos / cuando habléis de nuestras flaquezas / también de la época sombría / de la que vosotros habéis escapado. // Hemos ido, cambiando de país más a menudo que de zapatos / a través de las guerras de clase, desesperados / donde sólo había injusticia y nadie se indignaba. / Y, sin embargo, sabemos: / También el odio contra la bajeza / desfigura la cara. / También la ira contra la injusticia / pone ronca la voz. Ah, nosotros / los que queríamos preparar el terreno para amabilidad / no supimos ser amables. // Pero vosotros, cuando llegue el día / en que el Hombre sea amigo del Hombre / pensad en nosotros / con indulgencia.»

está en medio de la herida, encajado en el rasguño que cruza a la Alemania de hoy, colocado precisamente en el punto más doloroso. ¿Qué extraño es que resulte piedra de escándalo?

Figura de la resistencia en un siglo cuajado de contradicciones, Brecht se hizo a sí mismo foco del conflicto. Esta fue su grandeza y ésta su miseria: en su persona sola quedó el conflicto pendiente.

Bertolt Brecht empezó como expresionista, cuando el expresionismo estaba a punto de declinar. Se hizo marxista para que la semilla del marxismo diera sus buenos frutos en su misma persona. En los «Lehrstücke» apareció el dialéctico de una ideología, pero la ortodoxia desenmascaró sus tesis y se las tachó de 'idealismo'. Por fin se le hizo voz del partido, pero esperaron hasta el momento en que el poeta se había puesto «afónico»,—«También la ira contra la injusticia / pone ronca la voz»—sin ganas ya para responder, como convertido, a ninguna exigencia de solidez o amparo ideológico. Quedaba él —duda, cansancio y la bondad de siempre, paradójica bondad—, Bert Brecht.

«Ihr aber, wenn es soweit sein wird...»

Parece ser que no. No ha sonado la hora todavía—pero está a punto de sonar!—, en la que los «Nachgeborenen» pueden pensar en él y en su generación con indulgencia.

JOSÉ DE LA CALLE M.
ADANERO (AVILA)